

El sueño de Julio Ruelas en Montparnasse

Julieta Ortiz Gaitán

Un profundo dolor debió invadir el ámbito de la *Revista Moderna de México* cuando llegó la noticia de la muerte de Julio Ruelas acaecida en París, el 16 de septiembre de 1907. En un editorial, sus compañeros se declararon heridos en pleno corazón por el golpe inesperado que arrancó a su más conspicuo ilustrador, intérprete fiel del espíritu del modernismo mexicano a través de su abundante repertorio iconográfico. El vacío que deja Ruelas, afirmaron, “todavía no lo podemos medir”.

En aquél México de principios del siglo XX, los artistas vivían en una bohemia obligada que le dio tono a la época y que consumió vidas y talentos en dolorosas muertes prematuras. Pintores, escultores, músicos y literatos compartieron este destino, entre el precario medio local y la avasallante ebullición cultural de las ciudades europeas a las que viajaban pensionados en un empeño por seguir vocaciones que dejaron, finalmente y a costa de sacrificios, grandes legados para el arte mexicano.

Tal fue el caso de Julio Ruelas, quien nació en Zacatecas el 21 de junio de 1870, cuya vida efímera y atormentada encarna la figura del artista bohemio, extraordinario dibujante de línea refinada y expresiva, quien desarrolló una obra pictórica compuesta por retratos, paisajes y temas

fantásticos de una imaginación morbosa y doliente, que encontró abundante motivación en el ámbito literario del modernismo.

Antes de ingresar a la Academia de San Carlos, Ruelas cursó estudios en el Instituto Científico e Industrial de Tacubaya y posteriormente en el Colegio Militar, por entonces en el Castillo de Chapultepec. José Juan Tablada, quien fue su condiscípulo en este último, menciona en sus memorias diversos episodios y anécdotas que vivió con su amigo. Recuerda las visitas que le hacía en su taller de la calle del Indio Triste, una vasta pieza sobre las azoteas, que dominaba un panorama de cúpulas y campanarios, la luz entrando a ráfagas por los anchos ventanales y en medio de la estancia una enorme mesa, como de refectorio conventual, llena de dibujos y cartones con bocetos al óleo. Tablada evoca esas reuniones de contertulios, un grupo íntimo, en las que se tocaba el piano, “leíamos, contemplábamos grabados o espiábamos el trabajo del pintor ensimismado y silencioso”.¹

Como alumno aventajado de la Academia de San Carlos, Ruelas obtuvo una pensión en 1892 para estudiar en Europa, en la Academia de Artes de Karlsruhe, donde se impregnó de la sensibilidad del romanticismo tardío, estudiando la obra de Arnold Böcklin y el trabajo de grabadores de la talla de Alberto Durero; también resulta evidente el conocimiento que adquirió en temas como la mitología germana de donde obtendrá personajes y motivos abundantes para su obra posterior.

A su regreso a México en 1895, la obra de Ruelas encontró temprano reconocimiento en las reflexiones que sobre arte hacía la pléyade de poetas e

¹ José Juan Tablada, *La feria de la vida*, México, CONACULTA, 1991, p.163 (Lecturas Mexicanas, Tercera Serie, 22)

intelectuales que ejercían la crítica de la época, reconocimiento favorecido por una efectiva divulgación ejercida, sin duda, a través de la mencionada *Revista Moderna* a la que estuvo indisolublemente ligado desde entonces.

Por ello cuando el joven pintor obtuvo una pensión para estudiar y continuar su perfeccionamiento en las técnicas del grabado, ahora en París, el equipo de la *Revista Moderna* lo despide con una nota optimista publicada en diciembre de 1904, en la que no escatima elogios para Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, y para el propio dibujante, el más destacado de sus colaboradores gráficos. Anuncian con satisfacción que el joven pensionado seguirá colaborando con entregas periódicas para la revista y aprovechan para desearle éxito en la empresa que inicia, así como reiterarle su cariño y admiración. Nadie podría imaginar entonces que, antes de cumplirse tres años, el punto final de aquel viaje sería la muerte.

Los envíos, efectivamente, continuaron llegando a la revista. Además de las numerosas ilustraciones, viñetas, encabezados, anuncios y demás ornamentaciones que realizaba, Julio Ruelas ilustró libros de poetas y amigos y participó en las sucesivas exposiciones que se llevaban a cabo tanto en los salones de la ciudad de México como en la capital francesa. Los lotes estaban constituidos principalmente por óleos, aguafuertes y dibujos que evidenciaban “la maravillosa facilidad de su mano, dócil esclava de su potente imaginación”; según la crítica de la época. Sin embargo no todo fue miel sobre hojuelas y seguramente hasta París llegaron los comentarios demoleedores de Gerardo Murillo y José Ferrel, por quienes fue “cruelmente tratado”, según consta en *E/*

Diario del 16 de diciembre de 1906.² Un año después, en el extraordinario aguafuerte que el propio Ruelas intituló “La crítica”, vemos un autorretrato en el que una especie de insecto gigantesco se apresta a horadarle la frente, metáfora visual del dolor que le causaban los comentarios adversos y la burla del ambiente artístico mexicano.

Tal vez por ello, el pintor perdía el ánimo para regresar. Oscuros presentimientos por su salud mermada y un temperamento atormentado y depresivo, hacen que dos días antes de morir, Ruelas le encargue a un amigo que partía para México:

“Salúdeme usted a don Justo Sierra, y dígame que no me vaya a quitar la pensión, que yo trabajaré mucho para que no me la quite. [...] Yo no podría vivir en México, quiero morirme en París”.³

Y la muerte, como amiga tantas veces invocada en su terrible iconografía, acudió puntualmente a la cita, la mañana del 16 de septiembre de 1907, cuando en el Hotel de Suez del boulevard Saint Michel, una ronda de amigos y camaradas de bohemia acompañaron al moribundo Ruelas, quien se asfixiaba lentamente presa de tuberculosis. Lo acompañaban en el trance Julio Sesto, Jesús Luján y Jorge Enciso. Este último, narra emocionado algunos detalles de su angustiada muerte.

Don Jesús Luján, perteneciente a una acaudalada familia de Chihuahua, tomó por su cuenta el papel de mecenas y adquirió un lote en el cementerio donde habría de ser inhumado un día después, el 17 de septiembre de 1907,

² Ricardo Gómez Robelo, “La exposición de San Carlos. Las obras de los pensionados. Consideraciones sobre la crítica”, *El Diario*, México, 16 de diciembre de 1906, en Xavier Moyssén, *op.cit.*, p. 261

³ “El regreso a la patria. Jorge Enciso. Homenaje a Julio Ruelas”, *Revista Moderna de México*, noviembre de 1907, *ibidem*, p.340

mas precisamente en la División 26, Línea Este 26, Tumba 16 Norte, cerca de la *Rue Émile Richard*. Seguramente don Jesús debió tener en cuenta la solicitud de su amigo de conseguir una fosa contigua a la barda que da al boulevard, para desde ahí poder descansar oyendo el taconeo de las muchachas del barrio.

Para el tercer aniversario de la muerte de Julio Ruelas, en plenas fiestas del Centenario de la Independencia, Emilio Valenzuela habla de la “buena nueva” que ha llegado desde París, de que el sepulcro del cementerio de Montparnasse ya cuenta con un monumento mortuario. Sobre la lápida, nos dice Valenzuela, “una mujer desolada de mármol [...] cae a un golpe contundente del cincel de nuestro Arnulfo Domínguez Bello y cierra para siempre los ojos”.⁴

Se trata de una escultura que contrasta la rugosidad de la lápida vertical y la base del sepulcro tallados en burdo granito, con la suavidad sensual del mármol de la escultura. El artista conjuga en esta talla los efectos de contrastes dramáticos propios de la influencia de Augusto Rodin, figura capital del arte escultórico finisecular. La obra de Domínguez Bello, artista veracruzano también pensionado en París por Justo Sierra, ya había recibido el comentario favorable de la crítica en México que lo consideraba “nuestro mejor escultor”. Un año antes, en 1909, se habla de “una rápida carrera hacia el gran arte”. Se considera que su talento quedó de manifiesto desde los primeros bustos que ejecuta el joven escultor, los que, aunque todavía algo “duros y fríos”, son preámbulo de una evolución notable que ya se puede apreciar en *Fecundidad*

⁴ Emilio Valenzuela, “Julio Ruelas 1907-1910”, *Revista Moderna de México*, septiembre de 1910, en Xavier Moyssén, *op.cit.*, 433

y en *Desolación*, obras con “una tendencia hacia una verdad muy sintética determinada por la grande fuerza de Rodin”. No obstante, es el conjunto escultórico *Aprés la gréve*, el que la crítica considera ya una obra relevante ejecutada con maestría y dominio de técnica.⁵

La siguiente pieza escultórica importante de Domínguez Bello es la *musa desfallecida sobre el sepulcro de Ruelas*, la cual evoca no sólo el impetuoso y formidable vigor de Rodin, sino también las perturbaciones ambiguas del modernismo finisecular.

En 1917 tenemos noticias de que

Alguien nos refirió este sucedido, por demás conmovedor y significativo: yendo a visitar algunos mexicanos la tumba de Julio Ruelas, en una mañana lluviosa del mes de noviembre, pocos años ha, encontraron sobre el carrara del mausoleo, tirado al descuido encima de unas cuantas violetas frescas, un perfumado guante de mujer...⁶

Se dijo también, que el artista Domínguez Bello había “comunicando toda la serenidad de su espíritu al mármol que simboliza en el mausoleo toda la serenidad doliente, todo el cansancio de la vida, todo el silencio augusto de la muerte, que no otra cosa representa esa blanca y flácida mujer yacente al pie del obelisco que señala al visitante de Montparnasse donde duerme un mexicano ilustre.”⁷

En diciembre de 1917 se da la noticia de que la Escuela Nacional de Bellas Artes, antigua Academia de San Carlos, ha adquirido por compra “el monumento a Ruelas, original del señor Arnulfo Domínguez Bello, actual

⁵ Gerardo Murillo, “La exposición Argüelles-Domínguez-Mix en la Escuela Nacional de Bellas Artes”, en Xavier Moyssén, *op.cit.*, pp. 412-414.

⁶ Julio Sesto, “Julio Ruelas. Dibujante y pintor mexicano”, *Revista Tricolor*, 3 de abril de 1917 en Xavier Moyssén, *op.cit.*, Tomo II, pp. 125-133

⁷ *Idem.*

director del establecimiento”, réplica que en la actualidad se encuentra en el Museo Nacional de Arte de la ciudad de México.⁸

Arnulfo Domínguez Bello continuó su vida en París donde contrajo matrimonio con Olimpia Danthu, pintora francesa, con quien procreó dos hijos: Alicia y Juan Domínguez Danthu, ambos nacidos en Francia. La familia regresó a México y existen pocos datos en lo sucesivo. Sin embargo se sabe que Olimpia Danthu falleció en la ciudad de Cuautla, Morelos, donde residía y donde pasaba temporadas en hospitales debido a la tuberculosis que la afectaba.⁹ Por su parte, Domínguez Bello se integró al cuerpo de profesores de la antigua Academia de San Carlos, por entonces Escuela Nacional de Bellas Artes (ENBA), donde fue nombrado director el 4 de septiembre de 1915.¹⁰

En 2007, al cumplirse cien años del fallecimiento de Julio Ruelas, la Dirección de Parques, Jardines y Espacios Verdes de la Alcaldía de París, hizo un llamado para la renovación de la concesión del uso de la propiedad del sepulcro en Montparnasse, y solicitó presentar las escrituras del lote o los documentos testamentarios por parte de los herederos del propietario, en este caso Jesús Eugenio Lujan¹¹, --*Jesus Eugène Lujan* -- según consta en el registro del *Cimetière Montparnasse* como *nom de l'acquéreur*, que certificara la concesión Número 178 P 1907, adquirida el 17 de septiembre de 1907.

Sin embargo, como resultado de varias gestiones realizadas desde instituciones culturales de México y Francia, así como de asociaciones civiles y

⁸ “Dirección General de las Bellas Artes”, *Boletín de la Universidad*, Tomo I, núm. 1, México, diciembre de 1917, *ibidem*, pp. 157-159

⁹ Datos proporcionados por la nieta del artista, María Isabel Domínguez de Thompson.

¹⁰ “En la Escuela de Bellas Artes”, en *Revista de Revistas*, México, 5 de septiembre de 1915, en Xavier Moyssén, *op.cit.*, Tomo II, p.60

¹¹ El nombre correcto es Jesús Eleuterio Luján, según datos proporcionados amablemente por el señor Hernando Luján, sobrino nieto del mecenas.

de los propios herederos de Julio Ruelas, los títulos de propiedad han sido actualizados por lo que la permanencia del sepulcro se ha asegurado. El monumento mortuorio, el llamado dolmen de granito y la escultura en mármol de Domínguez Bello se pintó de color blanco, lo cual es cuestionable ya que se ha borrado irreversiblemente la pátina y el color ámbar pálido dejado por el tiempo. Pero dentro de todo, el sepulcro se ha rescatado para que estos dos grandes artistas continúen con su sueño siquiera por cien años más.

Para terminar, evocamos la visita que hace Amado Nervo al cementerio de Montparnasse, el día de muertos de 1910, llevando tres ramitos de violetas para colocarlos sobre la tumba, “uno por Valenzuela, otro por Luján, otro por mí, amigo Ruelas”. Llegó el poeta con un viento helado que arremolina briznas de hojas secas frente al sepulcro. Están los árboles desnudos, una enredadera que brota de un hueco de la tumba y se encarama sobre la piedra vertical del monumento, está el bulevar cercano con los pasos apresurados, y sobre la lápida se ve la trágica mujer de mármol que acompaña en su sueño al pintor. Y ante la tensión de su escorzo, frente a esta mujer desfallecida y el silencio gris y frío de la tarde, nos despedimos con las frases de Nervo:

“¡Recibe, amigo, mis violetas, y espérame del otro lado de la sombra!”

Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 16 de enero de 2009.